



año
vorágine
centenario
1924-2024

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

La Vorágine

PRIMERA EDICIÓN 1924

Preparada por la
Facultad de Ciencias Humanas



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

La Vorágine. Primera edición 1924
José Eustasio Rivera

© Colección Espejo de Agua
© 2024, Universidad Nacional de Colombia
Sede Bogotá
Facultad de Ciencias Humanas
Primera edición, Editorial Cromos, 1924

ISBN impreso: 978-958-505-564-3
ISBN digital: 978-958-505-565-0

Comité Curatorial de esta edición

Carlos Guillermo Páramo Bonilla
Carmen Elisa Acosta Peñaloza
Ángela Zárate Díaz
Norma Donato Rodríguez
Jineth Ardila Ariza

Facultad de Ciencias Humanas
Comité Editorial

Carlos Guillermo Páramo Bonilla
Decano
Victor Raúl Viviescas
Vicedecano Académico
Alejandra Jaramillo Morales
Vicedecana de Investigación y Extensión
Véronique Claudine Flori Bellanger
Representante de Revistas Académicas
Laura de la Rosa Solano
Directora del CES
María Inés Barreto Romero
Representante de las UAB

Preparación editorial
Centro Editorial, Facultad de Ciencias Humanas

Jineth Ardila Ariza
Dirección del Centro Editorial
Catalina Arias Fernández
Coordinación editorial
Michael Cárdenas Ramírez
Coordinación gráfica
Santiago Palazzesi
Dirección de arte, diseño editorial e ilustración de cubierta
Íkaro Valderrama
Levantamiento del manuscrito de la primera edición,
cuidado de texto y corrección de estilo de las presentaciones
Sarita Martín Rincón
Cuidado de texto y lectura en armada

Se imprimieron 10.000 ejemplares de distribución gratuita con el apoyo de la Dirección Académica de la Sede Bogotá, Universidad Nacional de Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en DGP Editores S.A.S
Av José Celestino Mutis #70d-34

PROHIBIDA SU VENTA
EJEMPLAR NO COMERCIAL

editorial_fch@unal.edu.co
www.humanas.unal.edu.co

Catalogación en la publicación
Universidad Nacional de Colombia

Rivera, José Eustasio, 1888-1928
La Vorágine : primera edición 1924 / preparada por la Facultad de Ciencias Humanas ; editores, Carlos Guillermo Páramo y [otros tres] ; asesora curaduría del texto de la novela Norma Donato-- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro Editorial, 2024.

464 páginas : ilustraciones (algunas a color), mapas, fotografías. -- (Colección Espejo de agua)

Incluye referencias bibliográficas
ISBN 978-958-505-564-3 (impreso)
ISBN 978-958-505-565-0 (digital)

1. Rivera, José Eustasio, 1888-1928 -- Crítica e interpretación -- *La Vorágine* 2. *La Vorágine* -- Crítica e interpretación 3. Literatura colombiana -- Historia y crítica -- Siglo xx 4. Novela colombiana -- Historia y crítica -- Siglo xx 5. Cauchoerías en la literatura -- Aspectos sociopolíticos -- Amazonas (Región) -- Novela 6. Amazonia -- Situación social -- 1890-1920 -- Críticas literarias I. Páramo, Carlos Guillermo, 1972-. II. Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá). Facultad de Ciencias Humanas, editor IV. Título V. Serie

CDD-23 863.8609 / 2024

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

La Vorágine

PRIMERA EDICIÓN 1924

Preparada por la
Facultad de Ciencias Humanas

Bogotá, 2024

EDITORES

Carlos Guillermo Páramo, Carmen Elisa Acosta, Ángela Zárate Díaz y Jineth Ardila Ariza

ASESORA CURADURÍA DEL TEXTO DE LA NOVELA

Norma Donato Rodríguez



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

POR QUÉ Y CÓMO LEER ESTA EDICIÓN

EDITORES

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Ángela Zárate Díaz

Jineth Ardila Ariza

José Eustasio Rivera se graduó como abogado de la Universidad Nacional de Colombia el 3 de marzo de 1917. Su tesis, aunque celebrada, no podía augurar por su título un tema más prosaico: *Liquidación de las herencias*. No obstante, fue gracias a esa especialidad que el flamante abogado pudo ser contratado rápidamente para litigar a favor de una de las partes en un pleito que involucraba el hato más grande de todos los llanos orientales. Así comenzó a cobrar forma lo que siete años después vino a ser *La Vorágine*.

No hay obra en la literatura colombiana que mejor refleje el espíritu y la misión de la Universidad Nacional que *La Vorágine*. Su desafiante originalidad; su preocupación por todo lo que implica la vida en la frontera; su atención a la diversidad social, cultural, lingüística, amén de biológica, botánica y geográfica; su crítica a la expoliación extractivista de la selva y su denuncia de la esclavización que las fiebres del caucho impusieron a miles de personas —bajo el imperio del terror implantado por mandamases extranjeros y colombianos, con la mirada muchas veces cómplice de nuestro gobierno—; su sensibilidad por la belleza incluso en la tragedia; su interpretación profunda de los móviles psíquicos y afectivos de la Violencia y su fina introspección en la masculinidad y la feminidad de una sociedad en continua e incesante migración; su reconocimiento de las agencias y voluntades no humanas que también ocurren y obran en el mundo; todo eso se refleja en la historia académica y en un sinnúmero de hitos de nuestra Universidad, desde sus orígenes hasta el presente.

Es por esto que resulta particularmente importante para nuestra Facultad de Ciencias Humanas celebrar el centenario de una obra que nos resume; que nunca será cómoda o complaciente, que reta, que invita a miles de interpretaciones y que nunca se agotará en ellas; que al tiempo tiene el vuelo vertiginoso de un relato de aventuras y la vivacidad de cualquier testimonio de la frontera y la violencia.

Hemos optado por reeditar *por primera vez* la edición original de noviembre de 1924, publicada en Bogotá por Editorial de Cromos, Luis Tamayo & Co. La verdad sea dicha, no tiene mucho sentido conmemorar en 2024 los cien años de *La Vorágine* con una edición posterior, bien sea la de 1925, la de 1926 o la de 1928.

Pero, antes de ingresar a la lectura de esta versión, conviene hacer algunas advertencias.

Hemos buscado respetar al máximo las particularidades e idiosincrasias de la primera edición, incluso algunas que hoy en día se interpretarían como flagrantes errores de impresión. Mantuvimos e hicimos constantes las tildes que ya no se estilan, pero que eran comunes en la ortografía de la época («fé», «ví», «dí»); las que se usan de una peculiar forma («luégo») o para diferenciar semánticamente algunas palabras («sér» o «són» como sustantivos de «ser» o «son» como verbos; «sino» como sustantivo o «sino» como conjunción); las de los imperativos graves («dáme», «quíta»); y ciertas variantes que reflejan maneras de pronunciar una misma palabra personales distintos («wínchester» contra «winchester»); o diversos énfasis en la reproducción del habla (en casos como «tás» y «tas», y en casos como «únos a ótros»). Mantuvimos la ausencia tipográfica de tildes sobre las letras mayúsculas y la aparente arbitrariedad de las convenciones con las que se dividen las secciones: a veces con tres asteriscos en triángulo, otras en sucesión y algunas con una escueta raya. Lo cierto es que los manuscritos de la novela que reposan en la Biblioteca Nacional demuestran una variación semejante.

En distintos lugares, el texto registra cambios importantes con respecto al de las ediciones posteriores. Enmiendas en las frases y sustitución de palabras, sobre todo. Cuando se publicó por primera vez *La Vorágine*, la más bien tibia recepción de la crítica nacional insistió casi al unísono en el exceso de la cadencia rítmica de la prosa de la novela. Se les olvidaba que el que escribía era un poeta impenitente, Arturo Cova. No obstante, Rivera sucumbió al alud de observaciones y se dedicó a “descabezar endecasílabos” para las posteriores versiones, con la aparente ayuda (según quien lo haya relatado) de Miguel Rasch Isla, Ricardo Charria Tobar o Rafael Maya. Esta versión de 1924 resulta, pues, mucho más rítmica y a veces más atrevida que la definitiva de 1928.

Tanto más, la edición de 1924 venía acompañada por tres fotografías de enorme significado. *La Vorágine* fue una de las primeras novelas, en la literatura universal, que tuvo la osadía de difuminar la frontera entre la “realidad” y la “ficción” de la narración al incluir testimonios visuales que demostraran la presumible factualidad de las situaciones descritas. En una de estas fotos, la que representa a Arturo Cova retratado por la madona Zoraida Ayram, Rivera no tuvo empacho en mostrarse él mismo como el protagonista. También por ello le llovieron críticas. En las siguientes dos ediciones mantuvo las imágenes, pero eliminó la leyenda que lo designaba como Cova, y al final prescindió totalmente de ellas en la de 1928, cuando, en cambio, le incorporó cuatro mapas. Llama la atención que hasta el presente ninguna edición de la obra haya incluido con el sentido original estas fotografías o haya reparado en su importancia como partes orgánicas de la narración.

Se advertirá que a lo largo del texto varía el uso de los signos de interrogación y exclamación, aparentemente sin método. En algunas ocasiones, las frases abren con el correspondiente signo y en otras no. A veces, abre interrogante y cierra con exclamación. Hemos decidido mantener esta rebelde irregularidad, en obediencia a tres consideraciones: en primer lugar, hemos buscado tomar en serio el problema de la musicalidad en la escritura de Rivera; bien pudiera ser que con las recurrentes variantes en su forma de interrogar o exclamar estuviera buscando algún efecto dinámico en la enunciación de la frase, tal vez la evolución de un parlamento que inicia en duda y concluye en aserto. En segundo lugar, hay que recordar que el juego al que nos invitaba y aún nos invita Rivera es a leer un manuscrito transcrito por él y en el que buscó respetar «el estilo y hasta las incorrecciones del infortunado escritor» (p. 19 de esta edición). ...¿Quién es totalmente sistemático en servirse de los signos de interrogación y exclamación al llevar un diario frenético, escrito al filo de los acontecimientos y entre episodios de paludismo y beriberi? Valga la misma advertencia para el uso que reproducimos de los puntos suspensivos —que a veces suspenden más de lo que esperamos— y para los diálogos o discursos directos —con o sin raya y salto de párrafo, con o sin comillones—.

En último término, no está de más pensar en cómo fue leída la novela, recién aparecida. Se cuestionaron su cadencia, el uso de las fotografías, la supuesta bisoñería del poeta Rivera como prosista —casi nadie estaba preparado

para recibir semejante carga de originalidad—, pero muy poco se dijo sobre la edición en cuestión. No parecen haber hecho demasiado ruido ni los ostensibles errores tipográficos —corregidos para la presente edición— ni la asistematicidad en el uso de los signos. En gran medida, los aparentes errores eran el resultado de la forma como se montaban los textos entonces, que exigía un arreglo pragmático según el espacio de las cajas.

Si se nos permite la equivalencia, cuando hoy en día escuchamos una grabación hecha en 1924 —de Gardel y Razzano, por ejemplo—, inevitablemente la encontramos imbuida en un aura de *scratch*. Pero ese mismo *scratch* era imperceptible para las audiencias de 1924; aunque estaba allí, se eliminaba de la experiencia acústica que más bien se concentraba en maravillarse con la mágica fidelidad del registro. Los primeros lectores de *La Vorágine* no parecen haber reparado en el *scratch* tipográfico; aunque sabemos que Rivera estaba muy poco satisfecho con la calidad de la edición de Cromos, también él pasó por alto o no le importaron varias circunstancias que hoy identificamos como erratas. (Empero, las cinco erratas que sí señaló la edición original, quisimos dejarlas idénticas, con su respectiva Fe admonitoria al final, como testimonio de la era de la impresión tipográfica mecánica).

Y, bien pensado, ¿no perdería mucho de su encanto una grabación de 1924 sin *scratch*? Ese *scratch* hace de epifenómeno para permitirnos viajar hacia el pasado. Hasta donde sea posible, quisiéramos que el mismo efecto se lograra manteniendo para un público lector de nuestros tiempos el *scratch* de la versión original de *La Vorágine*.

La edición de 1924 no venía acompañada del célebre glosario de las versiones posteriores, pero sí llamaba la atención sobre algunas palabras en cursiva; también nos hemos mantenido fieles a esa primera decisión del autor. Probablemente fue con miras a la inminente circulación internacional de la novela que luego Rivera se preocupó por explicar en un anexo palabras que entonces se consideraban regionalismos. No obstante, irónicamente hoy entendemos varias de estas sin recurrir al glosario —por ejemplo, «guaricha», «juerga», «lambón» o «rebuscarse»— y en cambio en el texto Rivera se sirvió de arcaísmos tales como «lueñes», «follón» o «sobrestante», que hoy en día nos obligan a buscarlas en el diccionario. Mejor entonces mantener en una sola selva, colorida y abigarrada, la totalidad de las palabras de la primera *Vorágine*.

En la presente edición se encontrarán al final varias notas que indican las más significativas variantes entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional y la primera edición, especialmente las que atañen a cambios en los nombres de los personajes y versiones alternas de las situaciones, habida cuenta que estos materiales sólo alcanzan a reunir poco menos de la primera mitad del texto completo. En este invaluable documento —que agradecemos a la Biblioteca Nacional habernos permitido consultar en físico— queda evidente que el título, como lo quiso Rivera, fue *La Vorágine*, con mayúsculas iniciales en ambos casos. La edición de Cromos siguió esa pauta. Otras notas puntuales de nuestra edición precisarán información factual sobre algunos de los personajes o eventos referidos. En todos los casos, la siguiente convención # señalará en el margen interno que algún comentario o explicación pueden ser consultados en la sección de notas. Dicha convención se obtuvo de la Pieza 1 de los Manuscritos de *La Vorágine*, la cual fue dibujada repetidamente por el mismo José Eustasio Rivera a lo largo del libro de cuentas que le sirvió de cuaderno para escribir la novela.

Los editores de la novela enfrentaron en algunos momentos las expectativas de Rivera; tiempo después optaron entre su interpretación o asumir sus propios cambios en la mirada contemporánea. Editar comporta el riesgo de apropiarse del lenguaje de los otros. Acaso ocurre igual en las tensiones entre el pasado y el presente que ahora exigen las nuevas rutas de lectura de *La Vorágine*.

José Gustasio Rivera.

La Vorágine.



Editorial de Cromos.
Luis Tamayo & Co.
Bogotá.

DEDICATORIA

#

Al eximio literato y poeta doctor don Antonio Gómez Restrepo.

PROLOGO

Señor Ministro:

De acuerdo con los deseos de S. S. he arreglado para la publicidad los manuscritos de Arturo Cova, remitidos a ese Ministerio por el Cónsul de Colombia en Manaos.

En esas páginas respeté el estilo y hasta las incorrecciones del infortunado escritor, subrayando únicamente los provincialismos de más carácter.

Creo, salvo mejor opinión de S. S., que este libro no se debe publicar antes de tener más noticias de los caucheros colombianos del Río Negro o Guainía; pero si S. S. resolviere lo contrario, le ruego que se sirva comunicarme oportunamente los datos que adquiriera para adicionarlos a guisa de epílogo.

Soy de S. S. muy atento servidor,

JOSE EUSTASIO RIVERA.



Arturo Cova, en las barracas del Guaracú.
(Fotografía tomada por la madona Zoraida Ayram).

#

..... «Los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente, cual una aureola de mi juventud; los que se olvidaron de mí apenas mi planta descendió al infortunio; los que al recordarme alguna vez piensen en mi fracaso y se pregunten por qué no fui lo que pude haber sido, sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara, vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación».

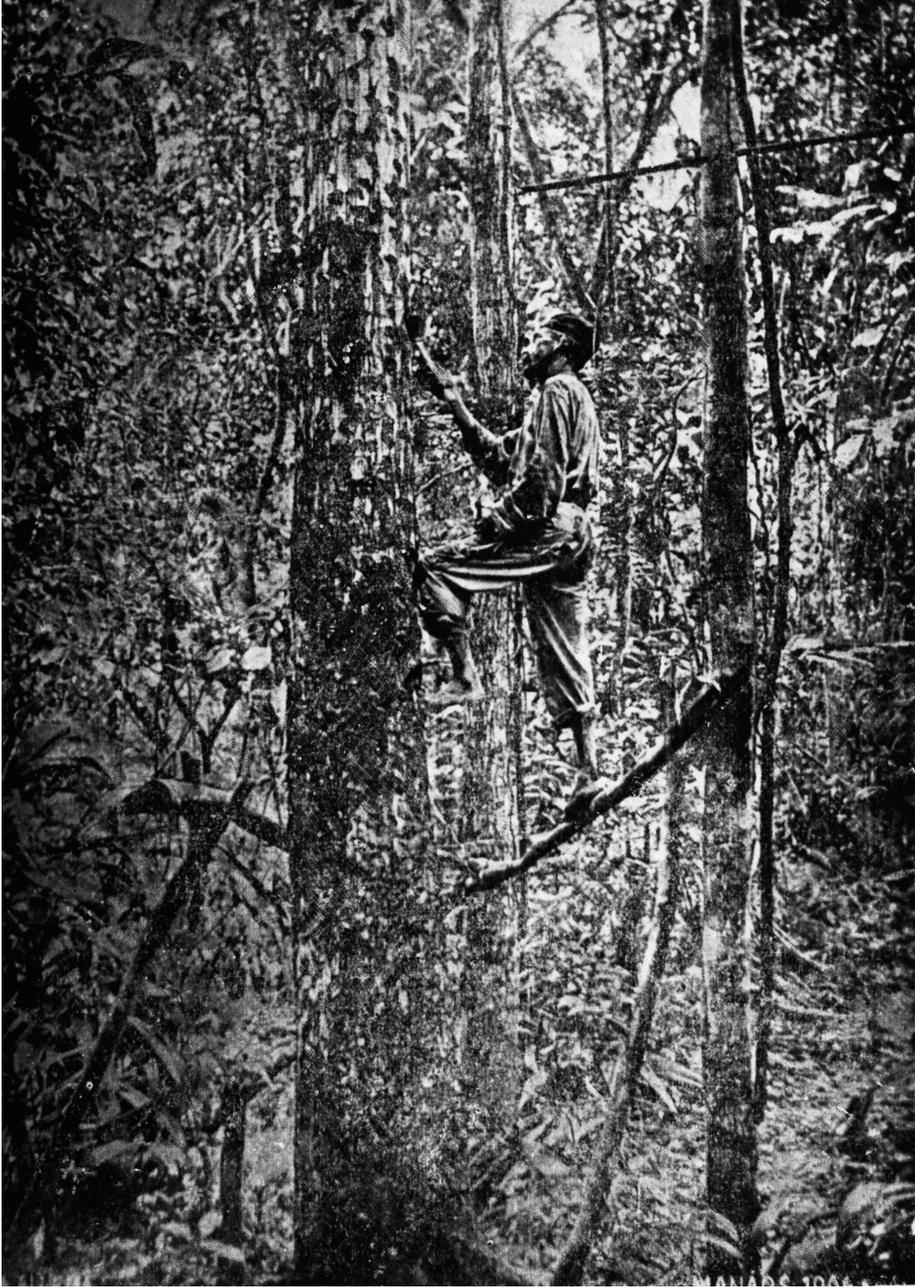
(Fragmento de la carta de Arturo Cova).



Un cauchero.

#

LA VORÁGINE



El cauchero Clemente Silva.